



LA CARRERA DEL AGUA

JESÚS A. SÁNCHEZ ROMERO



HEREDAD ACEQUIA REAL DE AGUATONA
INGENIO

AÑO 2.015



ACEQUIA REAL
DE AGUATONA
CASA DEL RELOJ

LA CARRERA DEL AGUA

JESÚS A. SÁNCHEZ ROMERO

HEREDAD ACEQUIA REAL DE AGUATONA

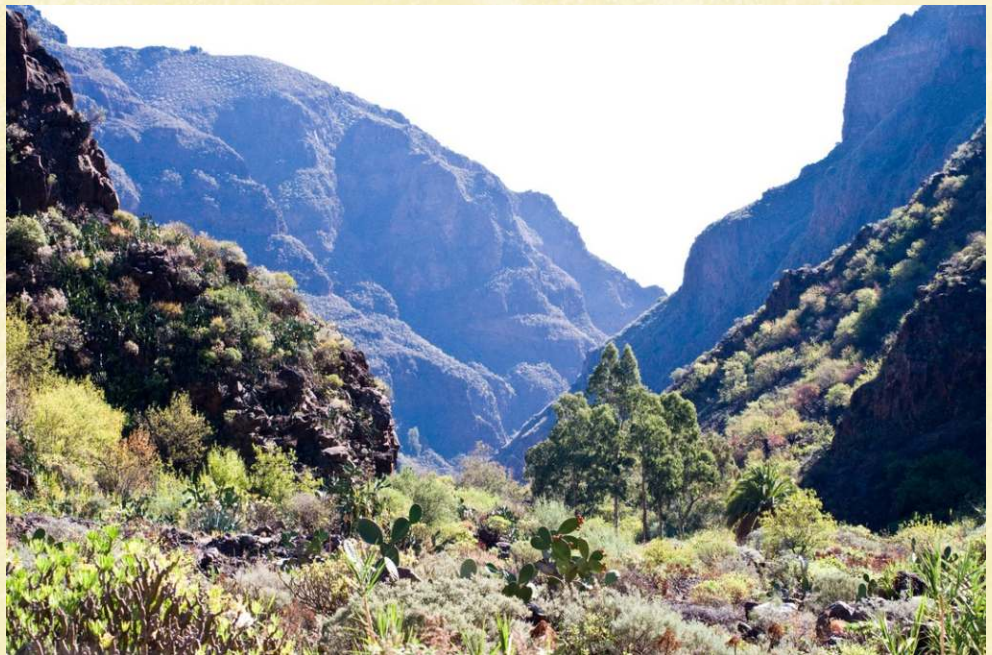
1.505

INGENIO

AÑO 2.015

Depósito Legal: GC 390-2014

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio, ya sea gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo su fotocopia, grabación o almacenamiento sin el previo y expreso consentimiento escrito de su autor.



PRÓLOGO

El agua, que es protagonista de esta historia, desde siempre ha sido considerada un tesoro para nuestro pueblo. Ya alguien apuntó hace tiempo que "la riqueza más sólida de las islas es un líquido: el agua". En Ingenio desde principios del siglo XVI y hasta finales del siglo XX "el oro que daba la vida a la tierra en forma de líquido elemento" provenía del Barranco de Guayadeque y era controlada desde la casa de la Heredad.

El reparto de los turnos de riego los hacía una persona, el repartidor, que debía vivir en la casa porque no podía perder de vista su instrumento principal, un imponente reloj de péndulo que marcaba el tiempo de regada en la dula correspondiente.

Al otro lado los regantes, que acudían a la Heredad a recibir su turno y una vez avisados, con objeto de no perder ni un minuto del valioso líquido, se desplazaban por el pueblo hasta su cercado como "un corredor que va a la guerra en busca de agua para su tierra".

Estos personajes y estas circunstancias, presentados con un vocabulario cercano, muy nuestro, constituyen este cuento sencillo y tierno, en el que su autor, Jesús A. Sánchez Romero, ha sabido plasmar con maestría, momentos trascendentales de la vida de nuestra gente.

Vicente Rodríguez Romero
(hijo de Manuel "el del agua")





LA CARRERA DEL AGUA

Faltaba una cuarta para ponerse el sol detrás de Pajonales. Mucho viento, como siempre. Y frío. Unos celajes barruntaban lloviznas de las que solían calar, empujados por los remolinos, a través de la camisa hasta las mismas entrañas.

El millo, ya alto, cargado de escarcha, se movía inquieto por las sacudidas del viento, soltando gotas en todas direcciones. Andresito Rodríguez miraba escaldado hacia el infinito, retorciéndose el bigote, cabizbundo y meditabajo.

Un escalofrío le recorría el espinazo y le salía por el totizo, pensando en lo que se le avecinaba. El mundo se le venía encima. Llegaba otra vez la dula, esta vez de noche.

Masculló por lo bajo, pensando en la necesidad de regar, de no perder el agua, y por tener que meterse en aquel infierno selvático, con el farol en la mano, el ñame en el agua, y el millo mojado batiéndole la cara, descargando gotas frías que se metían hasta el tuétano.

Y la carrera. Todavía le dolía el sentido del rebencazo que se dio contra el maldito gajo de la higuera de Bartolito la otra vez, cuando cogió muy abierta la curva de Amadores y se metió medio tronco entre la oreja y el ojo, que se puso morado como un tuno indio. Fue hace dos semanas, en pleno mediodía, con el solajero cayendo en peso, y soltando una maldición que hizo temblar todo el barranco de Algodones.

Terminó de ordeñar, se bebió un buchito de leche con gofio, cerró la puerta y salió para el pueblo, con la azada y el farol preparados. Miró otra vez al cielo y arrugó el entrecejo. Al toque de oración se despidió de Mariquita, que estaba terminando de hacer el queso para rezar el Rosario. Se caló el cachorro, la azada al hombro, y salió erguido puente arriba, camino de los Molinillos a la casa de la Heredad.



Se cruzó con su amigo Antoñito, el latonero, que le dirigió una sonrisa entre bobalicona y conejil, diciéndole, “¿quiere que le acompañe?”, con ese retintín característico de los ratones de oficina, según pensaba, que no conocían la grandeza del agua, de la Heredad, del millo, del arado, de los madrugones, de la escarcha, del frío, del calor, de los sudores, ¡¡y de las carreras!!.

La casa de la Heredad Acequia Real de Aguatona de la villa de Ingenio tiene su sede en el barrio de los Molinillos, por encima de la Iglesia de la Candelaria. Allí se controlaba el oro que daba la vida a la tierra, en forma de líquido elemento que fluía límpido, Barranco de Guayadeque abajo entre cañas y ñameras, una parte para Agüimes y tres para Ingenio y el hilo del pueblo para la villa Episcopal. La casa, de una planta, de muros recios, es una estancia rectangular, amplia, con un banco corrido en todo su perímetro, que permite al personal descansar, dormir, fumar, hablar y esperar.

En el centro de la pared del fondo, el reloj. Papá Reloj de la Heredad. De péndulo, con cuerda recargable, de dos metros de altura, lleva marcados los minutos, los cuartos, las medias y las horas.

La hora de la Heredad, distinta, propia, casi una hora menos que la oficial, para evitar malas interpretaciones. Pepito el repartidor, sentado detrás de una vieja mesa, anota y comprueba los turnos.

Azada del Parralito.

Azada de Algodones.

Azada de Amadores.

Azada de las Mejías.

Cuatro azadas por turno.

Cuatro almas en pena, regando.

Al lado de la mesa, una cama turca, con colchón de lino y mantas de lana, debajo, una escupidera. Pepito, el viejo repartidor, come, duerme, respira y vive, entre estos cuatro muros, en los que una vez entró, y no ha salido jamás. Sus ojos ya no resisten la luz del todopoderoso sol.



Se conoce de memoria todos los tiempos de corte:

Cantonera del Carrizo, 6 minutos

Cantonera del Lirón, 5 minutos

Cantonera del Sequero, 4 minutos

Cantonera del Cuarto, 3 minutos

Cantonera del Macho Sidro, 4 minutos

Cantonera de las Leonas, 5 minutos

Cantonera de la Berlanga, 6 minutos

Cantonera de Amadores, 7 minutos

Cantonera de las Mejías, 8 minutos

Cantonera del Pastel, 9 minutos

Una llovizna fría, empujada por el viento, que aúlla entre los callejones, le golpea en la cara y se mete entre las orejas, dando calambrazos de escalofríos. Llegando a la puerta, suena el toque de oración. Es la hora de dormir. Las viejas y los chiquillos se acurrucan en la cama caliente.

Andresito entra solemne en la casa.

- “Buenas noches pa’ quien las tenga”.

El recinto está lleno de silenciosos cuerpos de hombres curtidos. Casi todos dormitan, esperando la llamada del verdugo que los mandará a los infiernos. El ambiente está cargado de aromas y olores a tabaco, a sudor, a tederas, a estiércol de vaca, de cabra, de cochino. Se sienta parsimonioso en un extremo.

Falta poco. El corazón late, inquieto. Sabe lo que le espera.

- “Andresito, un cuarto”.

Da tiempo a dar un cachimbazo. Prepara la cachimba, la enciende, y pega candela al farol, que estrena vela de pabilo, comprueba el cierre, esta vez no se apagará como el mes pasado. Con la mirada perdida en el techo, prepara la estrategia, al principio al golpito, que la bajada tiene el piso mojado y resbalar de entrada puede significar media dula pal” carajo.



- “¡Siete minutos!”.

La última vez, de día, por culpa de la higuera, lo hizo en ocho minutos.

Esta noche tiene que compensar.

No hay gente por las calles. Todavía se acuerda de cuando el otro día tropezó en la entrada del Macho Sidro, con el serón del burro de Juanito el cochinerero, con el hombro derecho, y mientras seguía corriendo, escuchaba los chillidos lastimeros de los lechones, apagados por las maldiciones del dolorido, “que no sé qué, con el tronco de la macana en la base del totizo”.

Mejor evitar pasar por el Sidro un tiempo, hasta que se calme.

- ¡Andresito, preparado!. Un minuto.

Nuestro hombre se incorpora, apaga la cachimba, estira las piernas. Se cala el cachorro. Se hace la señal de la cruz en la frente. Mira el farol, en su mano derecha “¡no tiemble que los hombres no tienen miedo!”, le masculia.

Azada al hombro izquierdo, está frente al quicio de la puerta. Las piernas, rematadas por unas botas de cuero de vaca, con suela y tachas de remaches, le tiritan de espanto. Los presentes se apartan, expectantes, ¡otro gladiador al ruedo!

Fuera, el viento arrecia. Se oyen aullidos de almas en pena, que atraviesan la noche cerrada y profunda. Un vaho de bruma y frío penetra por el portal, haciendo temblar las maderas.

- “¡Salga!”.

Se inicia la carrera. Ladera abajo, camino del Puente, zancada larga, mirada al frente, los pies conocen el camino, el farol ilumina a un alma en pena, las calles desiertas, ahí va un corredor, que va de guerra, en busca del agua, para su tierra. Camino del Cuarto, los últimos rezagados saliendo del cafetín de Panchito se apartan, viene un volcán, un huracán, un relámpago, “¡paso que derribo!”. La luciérnaga volante se acerca a las Leonas, y enfila la bajada del Parralito. Maldito empedrado.

Ya van tres kilómetros. Falta resuello. “No debí encender la cachimba”. De repente, la piedra que cede, cien kilos de hueso, de almas, de sudores, incluido azada y farol saltan por los aires, al infinito. El contacto con el suelo es estrepitoso. Cae de lado, sobre la azada, y se desliza unos metros ladera abajo, botando sobre el empedrado, el rebencazo es grande. Coge resuello, no siente dolor, está en éxtasis. El agua espera, se levanta, el farol se ha salvado, los huesos, no. Se incorpora, suelta maldiciones. La azada al hombro, renquea. La pierna izquierda no siente, sigue con dificultad, ya falta poco. Enfila la curva de Amadores. Ya ve el farol de Manolito, llega a la torna. Cambia el agua, se mete en el millo. Una lluvia de gotas frías como puñales le atraviesan el alma. Está regando. Le duele todo el cuerpo, pero está regando.

Tiene que darse prisa, para que el agua le alcance hasta la contra de papas.

La otra vez se le quedó un surco sin regar.

Sabe que Agustinito, el vecino, no falla. Está tranquilo. El no corre. El reloj, con leontina de plata que se trajo de Cuba, le salva. La próxima vez cuando coja el millo, le pagará a Rafael el del Sequero para que le haga la carrera.





LA CARRERA DEL AGUA

JESÚS A. SÁNCHEZ ROMERO



HEREDAD ACEQUIA REAL DE AGUATONA

1.505

INGENIO

